

Binominal: derribando mitos

“...si bien existe un diagnóstico compartido en torno a las falencias de nuestro sistema político, no están para nada claras las causas que explican éste y, por tanto, los instrumentos adecuados de política para abordarlos...”.

JOSÉ FRANCISCO GARCÍA

ÁLVARO BELLOLIO

Libertad y Desarrollo

Habiéndose aprobado la que probablemente será la reforma política más importante de los últimos años, esto es, la ley que implementa la inscripción automática y el voto voluntario, que ha sido equiparada a un verdadero *big bang*, ha surgido en el debate público —alentado desde el Gobierno— la necesidad de reformar el sistema electoral binominal. Este sería —según algunos— causante casi exclusivo de las diversas falencias que aquejan a nuestro sistema democrático.

Hay dos aspectos que hacen problemática desde el inicio de este debate: el que los tomadores de decisiones legislativas son los principales interesados en la discusión —lo que con razón explica, de acuerdo con la última encuesta CEP, que a sólo el 2% de los encuestados le parece una prioridad relevante en la discusión pública— y el que, si bien existe un diagnóstico compartido en torno a las falencias de nuestro sistema político, no están para nada claras las causas que explican éste y, por tanto, los instrumentos adecuados de política para abordarlos.

En efecto, muy pocos se detienen a ex-

plicar que el sistema binominal, como cualquier sistema electoral, es uno meramente instrumental (un mecanismo para transformar votos en escaños), y que dado que no existen sistemas perfectos, su legitimidad y eficacia debe ser evaluada, si seguimos a Nohlen, a la luz de diversos criterios: representatividad, gobernabilidad, participación, etcétera.



Tampoco los críticos se esmeran en explicar que en Chile sólo rigen para las elecciones parlamentarias —dado que para las presidenciales y para alcaldes se utiliza un sistema uninominal y para concejales uno proporcional—, o en despejar los mitos en torno a que es un sistema que “sobrerrepresenta a la derecha”: en efecto, la Concertación se ha visto sobrerrepresentada (relación votación y escaños obtenidos) en tres de las seis elecciones desde 1989; existen diversos parlamentarios electos, como Fulvio Rossi o Pepe Auth, que han sido la tercera mayoría y han resultado electos; o mientras el 2001 el PPD obtuvo sólo 2,73% más de votos que el PS, pero consiguió el doble de diputados, o cuando en el año 1997 la DC obtuvo el 31,67% de los diputados sacando sólo el 22,98% de los votos.

Algunos abogan para que Chile transite por *default* a un modelo proporcional —como si éste hubiera sido neutral respecto de las crisis políticas de las décadas de los 60 y 70—, pero rara vez se

detienen a analizar el mérito y las consecuencias de éste en términos de cristalizar el *statu quo*, aumentar el multipartidismo, negativo impacto en la efectividad y gobernabilidad, o en la participación.

Si el problema de la actual composición del Congreso es que “mantiene el *statu quo*”, “impide el gobierno de la mayoría”, “impide que las mayorías se expresen claramente en materias de políticas públicas”, “genera una competencia perversa al interior de las coaliciones” o “potencia la existencia de candidatos designados” (al presentarse uno fuerte que sale y un acompañante débil en el pacto, lo que predice *ex ante* el resultado del escaño obtenido), entonces la inscripción automática, el voto voluntario, las primarias, el voto de los chilenos en el extranjero, el límite a la reelección de parlamentarios o, más importante aún, el completo redistritaje de los actuales distritos y circunscripciones electorales, parecen ser muy buenas respuestas. Y el binominal ni siquiera lo hemos tocado.

Pero todavía se podría discutir una reforma adicional para que las mayorías se expresen claramente en el Congreso: reemplazar el binominal por el uninominal, sistema usado en dos de las democracias más sólidas del mundo: Gran Bretaña y Estados Unidos.

Si no derribamos los mitos y las caricaturas en la materia, Chile podría perderse la oportunidad de tener un debate serio y profundo sobre el sentido, efectos y limitaciones de los sistemas electorales, optando, en cambio, por uno repleto de eslóganes e infantilismo revolucionario.

